

SAN FRANCISCO DE ASIS EN LOGROÑO

TOMÁS MONZONTEGO DEL PUZO

I

San Francisco de Asís en España

Algunos autores, a quienes sin dar sus nombres, refuta el P. Manuel Garay, en su Compendio Cronológico de la Provincia Seráfica de Burgos, vertieron torpemente la especie de que San Francisco de Asís no vino nunca a la ciudad de Logroño, y aún más, que el Fundador de la Orden de su nombre no llegó a pisar el suelo español.

¿Razones? Ninguna. Alguna leve conjetura, prejuicios, apriorismos, que nada montan en cuestiones históricas, tonías... celos, nada, en una palabra. « *Alguno dijo—son palabras del Cronista antes citado—no ser verosímil que el Santo Patriarca desamparase, en tan breve tiempo, su pequeña grey, y Seráfica Familia, que poco antes había juntado en Italia* ». « *Era grande el amor que a sus primeros Hijos tenía, y este mismo amor le había de servir de sagrada remora para detenerse, como amoroso Padre, con sus queridos hijos en Italia, y no los dejar huérfanos, tomando su viaje a España* ». Esto es todo el bagaje que manejaron esos pseudo-críticos, para poner en duda una verdad histórica, probada con hechos indiscutibles, y sabido es que « *contra facta argumenta non valent* ». Tarea tan sencilla como grata será asentar firmemente que el Serafín de Asís, en su afán de conquista, acuciado, como el Apóstol, por el ogujón de la caridad de Cristo « *Caritas urget nos* » dejó confiadamente su pequeña grey, y pasó detenidamente a España, en busca de otras ovejas, y llegó a Logroño, donde fundó su Convento, que, después de su canonización, tomó su nombre, y que fué durante muchos años objeto predilecto del afecto y ayuda de los devotos hijos de la capital de la Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Logroño.

Una antiquísima tradición, sin más afán que el de servir a la verdad « *amicus Plato, sed magis amica veritas* », como reza un viejo aforismo latino, que unánimemente recogieron los más acreditados Analistas y Cronistas de la Orden franciscana sostiene y prueba copiosamente los dos miembros que abraza mi tesis, los que con toda la mayor concisión posible intento demostrar.

Espigando en el campo fecundo de la historia de la benemérita Orden de Menores de San Francisco de Asís, se llega fácilmente a conocer, no sólo el hecho escueto, sino rodeado de mil interesantes detalles, que no dejan lugar a duda: Sabemos, la época de su venida; casi el año y mes en que tuvo lugar; punto por donde cruzó la frontera española; qué Papa gobernaba la Iglesia Católica; qué Reyes ocupaban el trono en los distintos reinos de España; qué compañeros o socios llevaba en su compañía; qué Conventos surgieron, como por encanto, a su paso; qué Prelados dejó al frente de cada uno, con facultades para admitir en su Orden, a los que se considerase dignos de vestir el Santo Habito; sus largas correrías por el reino de Navarra y Castilla la Vieja, y su viaje de devoción al sepulcro del Apóstol Santiago a Compostela, uno de los objetivos principales de su viaje, etc., etc., hechos todos juntos, y aún cada uno de ellos, bastantes para crear la certeza que el más exigente puede desear en hechos de esta índole.

El Cronista poco antes citado, en el capítulo 1.º, en que habla extensamente de todas y cada una de las fundaciones que San Francisco hizo personalmente en sus correrías por el suelo hispano, comienza con un prelude solemne y devoto, que no dudo saborearán a placer mis atentos lectores: « *Gobernando Nuestro Santísimo Padre Inocencio III la Nave de la Católica Iglesia: Siendo Rey del Reino de Navarra Don Sancho el Fuerte: de Castilla, Don Alfonso el Bueno, entró en España Nuestro Seráfico Padre San Francisco. Del nuevo Sión de su Monte Alverna salió con esta determinación santa este Serafín Patriarca para hacer felicísima a esta Monarquía Española, desde el punto que entró en ella y puso sus pies en Navarra, en el dichoso monte y elevada cumbre de la antiquísima y nobilísima villa de Rocaforte, distante una milla de la que hoy es ciudad de Sangüesa* », etc., etc.

El Ilustrísimo y venerable Fr. Francisco Gonzaga, a renglón seguido de afirmar que es vulgar la tradición de que nuestro Padre San Francisco pasó de Francia a España, dice constar

claramente de antiguas crónicas manuscritas que él vió, que San Francisco pasó de Francia a España, el año de 1213. Y aún aquilata más : « Esta sentencia — dice — es ya común en anales y crónicas. En las memorias y anales de la Santa Provincia de Burgos, que se conservan en su archivo, consta que nuestro P. San Francisco entró en España, *pasado el medio del año referido de 1213* ». Y cita como instrumento fehaciente de verdad la memoria de una piedra que se halló con ocasión de la reparación del Convento y Casa de San Bartolomé de Rocaforte, que vió y reconoció el P. Juan de Morales, en la que se lee : « Este Monasterio edificó San Francisco a honra de San Bartolomé, año de 1213 ».

No es menos valiosa, para nuestro objeto, una escritura que se guardaba en el monasterio de San Juan de la Peña, muy próximo a Rocaforte, que reza así : « Casi dos meses estuvo con nosotros nuestro amantísimo Francisco de Asis, varón verdaderamente apostólico y pobrísimo, desde doce de agosto hasta cuatro de octubre, en que se partió con sus compañeros Lupo y Aldeario, era de 1251, equivalente a la mitad del año 1213 ».

Y el Ilmo. Cornejo, en el capítulo 27 del libro II.º de la primera parte de su Crónica, explica así el por qué San Francisco se detuvo estos meses en San Juan de la Peña : « Llegado el año 1213, y estando mal convalecido de las cuartanas, y muy debilitado de fuerzas, con el quebranto del continuo trabajo, enfermó gravemente de calenturas continuas, etc., etc. ».

Y no es menos explícita ni menos valiosa la primera cláusula de un extenso memorial, presentado al Ilmo. Don Fr. Joseph Ximénez de Samaniego, Provincial, a la sazón, de la Provincia de Burgos, por las autoridades de la villa de Rocaforte, que, a la letra, dice así : « Rdm. Padre : Los Alcaldes, Regidores, Vicario, Cabildo Eclesiástico y Concejo de la villa de Rocaforte, en el Reino de Navarra, dicen : « Que cuando nuestro Padre San Francisco vino a España, que fué por los años de 1212, y poco más o menos, el primer lugar donde hizo asiento fué en dicha villa de Rocaforte, distante de la ciudad de Sangüesa casi una milla : y en dicha villa de Rocaforte fundó un Oratorio muy devoto y solitario, con título y vocación del Apóstol San Bartolomé, donde nuestro Santo Padre vivió, por los años 1214, como consta de una inscripción en piedra, que sobre la puerta de dicho Oratorio ha estado muchos años ».

« El dicho Oratorio de Rocaforte, P. N. Rr. es la primera casa y Convento de la Seráfica Religión en España, edificada

por su glorioso Patriarca y Padre Nuestro San Francisco, donde obró Dios en él y por su intercesión muchas y grandes maravillas, etc., etc. Consta lo dicho por papeles auténticos, que están en el archivo de esta Villa, y por la antigua tradición, pública voz y fama ».

Y el cronista antes citado, deseando desvanecer toda sombra posible de duda sobre la venida de San Francisco a España y particularmente a Navarra, añade : « Es tradición constante que nuestro Padre San Francisco fundó el Convento de Rocafort. La autoridad que tiene esta tradición la están publicando, desde aquel tiempo hasta el presente, las piedras de las paredes; entre las junturas del edificio, los leños; con lenguas de cristal, las fuentes; un moral, repitiendo asombros; una concha, obrando prodigios; de padres a hijos, las noticias corriendo uniformes; los monumentos, los epitafios, con sus antiguos caracteres; los archivos con escrituras, y el Santo Patriarca dando fiel testimonio de ser el Padre de los pobres ».

La enfermedad de San Francisco, de la que he hablado poco antes, y le retuvo más de lo que él quisiera en el Convento de San Juan de la Peña, le impidió al Santo ir a besar la mano al Rey de Navarra, que se hallaba en aquellos días en Tudela. En su nombre fueron dos de sus discípulos, que ya conocemos, Lupo y Aldeario, los que fueron muy bien recibidos, y por ellos hizo saber a San Francisco, que se llegara a Pamplona, cuando sus ánimos se lo permitiesen...

Muy pronto pudo el Santo satisfacer los deseos del Rey de Navarra, y obtenida su real licencia para fundar en todo su reino, ni corto ni perezoso, dió principio a la fundación del Convento de San Pedro de las Riberas, distante sólo trescientos pasos de Pamplona.

II

San Francisco de Asís en Logroño

No sabe, ni quiere, ni puede el amor verdadero sosegar un instante. Inquieto, como la llama undulante del fuego, busca necesariamente el amor, el modo y manera de obsequiar y regalar al amado. Con las alas que dió a San Francisco el amor que le abrasaba, salió desolado después de haber evangelizado en la capital de Navarra la paz y el bien. Sus pies, parece le

plantaron de un vuelo en Logroño. No dejó huellas de su paso en toda la distancia que media entre Pamplona y Logroño. Entró, pues, San Francisco de Asís en la ciudad de Logroño, floreciente emporio de la Provincia de su nombre, que renació de las ruinas de la antigua Cantabria, que era y es paso obligado, por ser la primera ciudad para entrar en Castilla viniendo de Navarra. La simpática y atrayente figura anacorética del Santo, los admirables ejemplos de su vida austera y penitente, el fuego de su palabra evangélica, su amor extraordinario a la pobreza, caminando siempre sobre las huellas de Cristo pobre, junto con algunos prodigios que por su intercesión obró el Cielo desde el primer momento, en favor de los pobres y enfermos, etc., le valieron la confianza y devoción y afecto de nuestra querida ciudad de Logroño.

Entre otros prodigios que San Francisco de Asís obró en esta ocasión en la Capital de la Rioja merece mención especial el que obró en el hijo de cierto Capitán, llamado Medrano, que se hallaba en las fauces de la muerte, como dicen el Ilmo. Gonzaga y el célebre analista Vvagingo, y de repente fué restituído a salud perfecta, y entregado, para su consuelo, a su afligida madre.

Enterado de la buena nueva el padre del niño, que, a la sazón se hallaba ausente, voló, con las alas del amor paterno a Logroño. Gozoso el Capitán al ver lleno de vida a su hijo, que casi lloraba por perdido, dió en primer lugar rendidas gracias a Dios Nuestro Señor, Dador de todo bien, por tan singular beneficio, y, luego, al Santo taumaturgo, como a su especial bienhechor.

Noticioso de que San Francisco de Asís había venido a España con el fin de plantar su seráfico Instituto, que acababa de fundar, y estimando sería para mayor gloria de Dios y provecho de su pueblo que erigiese aquí uno de los Conventos de su Orden, según consta en las Crónicas de la Provincia Seráfica de Burgos, le ofreció para este fin su Torre, Casa del Vado y huerta junto al río Ebro. Aceptó el Santo, agradecido, el generoso ofrecimiento del Capitán Medrano, y visto el sitio, y lo que la Torre podía dar de sí, le pareció muy a propósito para enclavar allí su primer Convento en el Reino de Castilla.

Dejando el Santo al Capitán Medrano instrucciones enderezadas a ganar tiempo, en orden a la fundación de su amado Convento, se partió para Burgos, *Caput Castellae*, con el fin de besar la mano del Rey de Castilla, Don Alfonso IX, y solici-

tar el permiso necesario para fundar en su Reino, que Su Majestad le concedió sin limitaciones.

Con el poderoso ejemplo de la singular demostración y cariño que el Rey don Alfonso IX dispensó a San Francisco de Asís, quedaron arrebatados todos los buenos burgaleses, que no sabían cómo manifestarle su devoción y buena voluntad de servirle en todo.

Pero quien entre todos se llevó la primacía, según consignan todos los cronistas de la Orden, fué la «*Ilustrísima Catedral, la ilustrísima Santa Catedral Iglesia*». Ésta le ofreció al Santo Patriarca con la máxima generosidad, para fundar un Convento de la Orden, la ermita del glorioso Príncipe San Miguel Arcángel, que se hallaba a unos como doscientos pasos distante de la ciudad, lugar silencioso y solitario, muy a propósito para la contemplación y penitencia de la vida que profesan los hijos del Serafín de Asís.

Según datos que guarda el archivo de la Santa Metropolitana Iglesia Catedral de Burgos, esta donación que ella hizo al Santo Patriarca, fué formalizada en el año de 1213. Como era forzosa su ausencia, y le interesaba muy de veras regresar a Logroño para dar cima a la fundación de su Convento, que había dejado en sus principios, dejó como custodio, ministro o guardián primero del Convento de Burgos, a Fr. Lope o Lobo o Lupecio, y por súbditos suyos, otros tres compañeros del Santo Patriarca, llamados Fr. Julián, Fr. Antonio y Fr. Marcos.

Sabedor el Capitán Medrano de que el Santo Patriarca había obtenido del Rey de Castilla, Alfonso IX, licencias ilimitadas para fundar en todos los territorios de sus reinos, instó al Santo a que regresara de nuevo a Logroño, para dar forma y su perfección a la fundación intentada, para la cual había dispuesto en forma conveniente su casa del Vado. De esta manera se concilian los autores que dan la primacía al Convento de la Orden de los Menores, en Logroño, sobre el de Burgos. Este sería el primero en la ejecución, y el de Logroño lo sería en la intención.

Vuelto el Santo de Burgos, sin perder un momento, vió el lugar que ya le había ofrecido el capitán Medrano, y en el modo que lo tenía éste ya dispuesto, lo recibió con nuevas muestras de agradecimiento. Con la rapidez característica en el Santo, en pocos días le dió la formalidad de Convento, y a Logroño la gloria de venerar este edificio como un verdadero relicario del santo fundador. Edificado este Convento en consonancia con

la pobreza que amaba mucho San Francisco, él quedó por fundador en lo espiritual, otorgando al Capitán Medrano el derecho de patronato. Al frente del mismo dejó también el Santo a uno de sus compañeros para que, como Prelado, lo gobernase, y con facultad de admitir a la profesión de su Seráfico Instituto a los que estimase dignos de recibir el Santo Hábito.

Después de haber visitado el Santo fundador de la benemérita Orden de los Menores el sepulcro del glorioso Apóstol Santiago, probablemente el año 1214, es tradición unánime entre los cronistas de la Orden Franciscana, que el Seráfico Patriarca, como muy señaladamente consigna el ilustrísimo Cornejo, plantificó su Orden y Seráfico Instituto, hasta llegar a la antigua Numancia, la nobilísima ciudad de Soria. De Soria se llegó el Santo a Tudela, en el referido año de 1214, en el cual edificó su convento. A fines de este mismo año 1214, ya se encontraba San Francisco de vuelta en su querida Italia, después de haber recorrido desde el Reino de Navarra, el de Castilla la Vieja, Santiago de Compostela, Reino de Aragón y Principado de Cataluña, cuyo último vestigio queda en Perpiñán, cuyo convento se tiene también por fundación del Santo Patriarca.

No es extraño que esta hermosa perspectiva, que no pudo ocultarse a San Francisco de Asís, aun queriendo mucho a su pequeña Grey y Seráfica Familia, que años antes había reunido, le urgiera a dejar Italia durante un breve plazo de poco más de dos años, en los que había de dejar extendido por tantas ciudades de España, su bendito y Seráfico Instituto.

III

Vicisitudes por que pasó el Convento de San Francisco de Logroño

Aunque el corazón se parte de dolor al querer rehacer páginas del viejo solar riojano, del que el viento huracanado de la revolución y persecución barrió, cual si fuesen hojas secas, Conventos ejemplares, que vieron con santo orgullo nuestros mayores, no quiero renunciar al deseo que siento de indicar sumariálmamente lo que fué el Convento de San Francisco, y del que ya hoy no queda sino un triste recuerdo. Estos recuerdos

de instituciones beneméritas son algo así como los pergaminos o los escudos de armas en las familias de abolengo que, por fuerza mayor vinieron a menos, las cuales se consuelan en su desgracia o en su pobreza recordando tiempos mejores y las gloriosas gestas de sus ascendientes, sintetizadas en el simbólico lenguaje de sus históricos escudos, encuadrados en los ennegrecidos muros de sus viejas casónas.

Superfluo parece decir—por sabido se calla—que el Convento que fundó San Francisco en Logroño fué muy sencillo, de reducidas proporciones, y muy pobre y de escasa resistencia. El lugar de la Casa o Torre del Vado, que cedió su agradecido donante, el Capitán Medrano, era muy bajo, en las proximidades del Ebro—sus aguas, sobre todo en días de crecidas, lamían sus endebles muros o paredes—; era, además, poco soleado y mal ventilado. Pronto se hicieron necesarias obras de reparación de sus paredes. No tenía condiciones de habitabilidad, a pesar de que al Santo Fundador, enamorado loco de la santa pobreza, que todo le venía grande, le pareciese un verdadero palacio. Muy presto se pudo apreciar que se resentía la salud de sus sufridos hijos. Por lo que, sin demora, pensaron en su restauración, trasladándolo a un sitio cercano al que ocupaba, por respeto al sitio primitivo santificado con la presencia del Santo Patriarca, pero que reuniese mejores condiciones y más higiénico que el primitivo.

Pero al fin, por amor al Santo Fundador, optaron por reedificar y agrandar dicho Convento en el mismo sitio—*ni con leve diferencia*—en que estaba emplazado el otro, cuya planta quedó siempre arrimada a las márgenes del caudaloso río Ebro; pero dada la elevación del nuevo edificio, tenía por los cuatro aires vistas deliciosas. La Iglesia antigua—dicen acordes todas las crónicas—está hoy por la especial veneración que se le debe, muy bien adornada, con su retablo y primorosa efigie de N. P. San Francisco. La nueva Iglesia, distante de la que consagró con su presencia el Santo Patriarca, sólo el espacio necesario para el tránsito, es de una nave sola, muy airosa y despejada. En ella fabricó la Capilla Mayor el dicho Capitán Medrano, según dicen las memorias antiguas, aunque dice el P. Morales, ser más cierto hizo la dotación un sucesor suyo, con arreglo a lo que aquél ordenó en su testamento.

El Altar Mayor de dicha Capilla tiene un retablo de primorosa escultura. Hoy está dicha Capilla Mayor renovada, con su camarín, y en el medio del Altar el transparente, con el cual

sobresale el primor de la efigie de N. P. San Francisco en la impresión de sus sacratísimas llagas. Tiene esta nueva Iglesia siete capillas por vanda, y algunas de ellas tienen por sus patronos, principales caballeros, y en las restantes están fundadas diferentes Cofradías, entre las cuales se tiene por principal la que está fundada al salir de dicha Iglesia por la mano siniestra, en la Capilla de la Santa Vera Cruz.

Después de otros detalles muy minuciosos y curiosos, sigue la descripción del Convento: «En su reedificación por la parte del Ebro, se ha levantado desde sus cimientos todo el edificio, fortalecido con pilares, para impedir las ruinas que puede ocasionar el Ebro con sus crecidas, por estar tan vecino. La altura de la fábrica por partes, tiene tres órdenes de celdas acomodadas y capaces. Tiene, asimismo, a un piso en lo alto y bajo, dos órdenes de claustros muy espaciosos, y con comunicación y proporción admirable. Los de la parte inferior, adornados con la historia de N. Seráfico Padre San Francisco, San Antonio y otros santos, de escogido pincel, por lo cual la devoción, lo que es claustro, lo tiene en veneración de oratorio. Otras piezas de dormitorios y oficinas son admirables; pero se lleva la gloria entre ellas, la librería, que en lo numeroso y selecto de sus libros y el vistoso adorno, es alhaja digna del mayor Príncipe. En nuestros tiempos ha sido este Convento Seminario de virtuosos y sabios, entre los cuales ha habido muchos lectores jubilados, Padres Calificadores del Santo Oficio, trabajando en obsequio de nuestra Santa Fe Católica, con la ocasión de estar en esta ciudad tan santo tribunal. Es este Convento casa de estudios de Teología y Noviciado...» ¡Lástima que tantos presentes como se conjugan a placer en estas crónicas, hayan ido a perderse hace muchos años, en las aguas del tiempo pasado! De toda la fábrica del Convento e Iglesia de San Francisco en Logroño, ya, por causas varias, a las que hay que sumar la acción demoledora del tiempo, no queda piedra sobre piedra.